



Capítulo 9

Las entradas en análisis

Rectificación subjetiva y síntoma analítico

En la práctica psicoanalítica de las entrevistas preliminares se destacan dos sintagmas específicos, a saber, rectificación subjetiva y síntoma analítico. Se trata de dos movimientos necesarios en la dirección de la cura que anteceden la entrada en análisis propiamente dicha. El término *rectificación subjetiva* se extrae de los *Escritos* de Jacques Lacan, especialmente en aquellos pasajes donde analiza los movimientos en la transferencia según una serie de inversiones dialécticas. Si bien hoy en día es un concepto de referencia a la hora de cernir la especificidad del lapso de las entrevistas preliminares, en el marco de su enseñanza es una noción apenas abordada. Al igual que muchos sintagmas lacanianos dispersos en la extensión de los *Escritos*, *Seminarios* e intervenciones, es a fuerza de su repetición que llegan a alcanzar el estatuto de concepto ya a cuenta de quienes frecuentan y transmiten su enseñanza.

Como indicamos con antelación, un concepto merece discutirse a partir de su relación con aquello que pretende nombrar, y no a partir de sus cartas de filiación con tal o cual autor. Si bien en la práctica clínica rectificación subjetiva es un término que puede deslizarse en un uso abusivo de la noción de responsabilidad subjetiva, eso no le impide cumplir una función en la dirección de la cura. Antes que un efecto de culpabilización del sujeto, su horizonte es cernir la responsabilidad que le cabe en las coordenadas de su malestar, por mucha o poca que sea. Están los sucesos y hechos del mundo, más o menos adversos según sea el caso, y luego está aquello que cada cual agrega en su forma de atravesarlos y significarlos. Es así que el psicoanálisis puede contribuir a reducir el sentido neurótico con el cual se interpretan las contingencias y vicisitudes de la existencia.

En el *Escrito* “Intervención sobre la transferencia” (1951) Lacan analiza el historial freudiano “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905b), también conocido como el caso Dora. Se trata de una joven que en su queja denuncia una verdad que, como *La carta robada* de Edgar Allan Poe, está a la vista de todos los involucrados, aunque aquí bajo un silencio cómplice. El complejo equilibrio de relaciones amorosas, galanteos y cortejos entre las cuatro figuras principales —Dora, su padre y el matrimonio del Sr. y Sra. K— estalla tras la escena de la cachetada en el lago. Allí se produce un doble movimiento, el Sr. K le declara su amor al mismo tiempo que deja caer la figura de la Sra. K, quien para Dora encarna su pregunta sobre la feminidad. En adelante la joven se rebela contra el circuito del cual formó parte, denunciando que finalmente ha sido sacrificada por su padre y la Sra. K, entregada como obsequio al Sr. K, con el fin de perpetuar sus relaciones amorosas extramatrimoniales.^[121] Creyéndose una pieza destacada en el juego de los lazos, la decepción adviene cuando se concibe a sí misma como obsequio de intercambio y obstáculo a ser removido. En su *Escrito* Lacan señala aquí una posición de enunciación esperable en los inicios de un análisis: “Esos hechos están ahí, proceden de la realidad y no de mí” (1951, p. 212).

La invocación de una realidad objetiva que respalda los dichos del sujeto funciona aquí como el reverso de la rectificación subjetiva. Mientras crea en la verdad y legitimidad de su denuncia, la función de interrogación inherente a la posición de analizante permanecerá obturada. Paso siguiente, la maniobra freudiana en la transferencia puede resumirse en los siguientes términos: “Mira, le dice, cuál es tu propia parte en el desorden del que te quejas” (p. 213).

En referencia a una distinción clásica entre culpa y responsabilidad, dicho movimiento no busca culpar al sujeto de la situación de la cual se queja —situación que la excede y que requiere necesariamente de otros partícipes—, sino precisar cuál es *la parte* que le corresponde, por poca o mucha que sea, en el embrollo en cuestión. En el caso Dora dicha responsabilidad suele ubicarse en aquel consentimiento inicial a integrar el circuito de intercambios, donde la complicidad de su “protección vigilante” permitió la continuidad de la relación entre su padre y la Sra. K.

Años más tarde, en el *Escrito* “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958b), Lacan evoca nuevamente la noción de rectificación en otro famoso pasaje: “Digo que es en una dirección de la cura que se ordena [...] según un proceso que va de la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, hasta el desarrollo de la transferencia, y luego a la interpretación” (p. 571). Tiene sentido aclarar aquí que el tér-



mino *real* no se corresponde con su acepción de registro junto a lo simbólico y lo imaginario, en cambio puede homologarse en este pasaje a una noción corriente de realidad. Así, la rectificación subjetiva abre una vía posible allí donde el problema se presenta en forma conclusiva, como un simple reflejo de la realidad que se impone. Quizá algunas breves referencias clínicas puedan servir de apoyo a este desarrollo, especialmente en su dimensión diferencial, es decir, coyunturas en donde no se alcanza un movimiento de rectificación subjetiva.

Un sujeto relata en una primera entrevista que se concibe a sí mismo como una persona de poco valor. En el discurso su vida se reduce a una sucesión de hechos que se significan como fracasos personales. Abatido y resignado ante un destino inexorable, finalmente agrega: “No soy más que un burro. Y de un burro no puede esperarse más que una patada”. Tal como en el caso Dora, la posición de enunciación inicial se resume en el axioma: “Estos hechos proceden de la realidad y no de mí”. Dicho de otro modo, la interpretación de la realidad no deja de confirmar la posición fantasmática del sujeto, en donde el Otro espera poco y nada de él. Como se aprecia, el fantasma es la vía privilegiada a través de la cual un sujeto manipula al Otro, cristalizando una versión singular con la cual juega su partida en la existencia.

Sus dichos durante la entrevista retroceden hasta los años de la escuela primaria. Relata que su bajo desempeño académico lo llevó a repetir de grado. En ese contexto recuerda una frase de su maestra que le resultó dolorosa: “Sos un burro”. El año siguiente logra eximirse en las asignaturas y finaliza sus estudios sin dificultades mayores. La nueva maestra se muestra paciente y solidaria con él, además, en confianza le recuerda de tanto en tanto que es una persona valiosa.

Desde la perspectiva de las psicoterapias y sus modos de intervención, tal como las estrategias que utilizaban los sofistas antaño, los terapeutas suelen entregarse a una contraargumentación que busca persuadir al sujeto de sus propias creencias. Por ejemplo, en el lapso de una entrevista otro sujeto llega a decir: “Soy una mierda”. Quien ocupa la posición de terapeuta le responde a su turno: “Ud. no es una mierda porque la mierda no habla”. En nuestro caso, si se aplica la misma lógica de reeducación del sujeto, entonces podríamos responderle: “Ud. no es un burro porque no camina en cuatro patas ni da patadas”. La prisa por hacer caer la identificación a un significante que remite a la posición de desecho —*burro* en un caso y *mierda* en el otro— obtura la posibilidad de producir un saber sobre las condiciones originales de la identificación en cuestión, su marca de goce singular. El apego a la literalidad en el discurso es una forma

entre otras de renegar del inconsciente y su dinamismo.

Otra variante posible es explicar al sujeto que debería hacer lugar a los dichos más afortunados de la segunda maestra —quien introduce el término *valioso* como atributo del ser—, apuntalando así un narcisismo desinvertido libidinalmente. Se asiste entonces a un intercambio entre el yo y su semejante que clausura la apertura del inconsciente al impedir el deslizamiento significante. En cambio, la intervención del analista que precipitó el corte de la entrevista se limitó a señalar una elección del sujeto con un tono de sorpresa: ¡Ah, pero entonces Ud. se quedó con el burro! Si en el campo del Otro se extraen al menos dos significantes, *burro* y *valioso*, hay allí una elección subjetiva por inconsciente que sea. Si la vía epistémica del análisis logra prevalecer, ¿acaso no es más auspicioso preguntarse por qué, entre las infinitas formas de hacerse representar en el campo del Otro, un sujeto se identifica al significante burro y no a cualquier otro? Si el analista puede abstenerse de intentar enmendar un supuesto problema de comprensión del sujeto (reeducación), si puede privarse de ofrecerle un significante alternativo —en este caso *valioso*—, entonces podrá abocarse a la construcción de un saber sobre las marcas de una historia y las respuestas singulares que el sujeto fue capaz de inventar. No se trata de un malentendido, existe un punto de fijación de goce en la identificación al significante burro.

Si nos detenemos en la pretendida objetividad de los hechos según la literalidad del discurso, entonces solo resta consolar al sujeto ante un mal encuentro con la primera docente y ofrecerle en cambio un significante más amable. La intervención del analista es una primera forma de interpelar la realidad del sujeto, de incluirlo en las coordenadas de su propio malestar. Por supuesto, está el enunciado de la primera docente que lo nombra como burro —ese exceso no le corresponde—, pero eso no explica la identificación a ese dicho, sino porque asumimos que entra en conexión con *otra cosa* que es necesario precisar en el lapso de las entrevistas preliminares, aún enigmática en tanto saber no sabido. En los discursos pedagógicos tiende a pensarse que un sujeto se identifica en forma pasiva, espontánea y automática ante lo que encuentra delante de sí —por osmosis, si se permite la analogía tomada de la física—, sin embargo, la identificación es una operación activa y por tanto un modo de respuesta subjetivo.

Antes que culpar al sujeto de su identificación, es más auspicioso remitirlo al enigma de su saber no sabido, hecho que puede, potencialmente, instaurar la relación entre un psicoanálisis y la producción



de saber que le es inherente. Solo así podrá dirimirse si el sujeto puede y quiere prescindir de su identificación. Nada habilita, salvo la invocación abusiva de un sentido llamado común, a asumir *ipso facto* que el bien del sujeto ha de hallarse en la desidentificación. Si el significante burro perdura en tanto arreglo subjetivo, entonces es preciso suponer que cumple una función, aunque al comienzo no sepamos cuál. El análisis es así una invitación a descifrar la lógica que sostiene silenciosamente dicha identificación, es decir, ese lugar fantasmático desde el cual el sujeto se relaciona con el mundo y que no puede explicarse como efecto de tal o cual dicho proferido en el entorno, salvo en los reduccionismos de siempre.

En tanto una intervención analítica ha de juzgarse por sus efectos, tiene sentido entonces dirigirnos al comienzo de la segunda entrevista. Allí relata que se siente más contento porque su analista le dijo —según llegó a interpretar— que “él era joven y tenía una vida por delante”. Más allá de que la significación final de una intervención queda siempre a cuenta del analizante y sus abrochamientos de sentido singulares, más allá de aquella diferencia irreductible entre lo que se dice y lo que se escucha cada vez, más allá del malentendido estructural que hace fracasar las aspiraciones de las teorías clásicas de la comunicación, es claro que solo se constata aquí un efecto propiamente terapéutico —supeditado a la fragilidad e inconsistencia del discurso yoico—, y no un efecto propiamente analítico en su relación con el saber.

De momento, aunque eso no dice nada del futuro, no se cuenta con el consenso a movilizar su *no querer saber*, según los términos que escoge Lacan en su tiempo (1972-73, p. 9). Sencillamente, se trata de aguardar hasta la próxima oportunidad para intentar despertar aquella función de interrogación esperable en todo analizante más allá de las vacilaciones de su deseo. He aquí entonces una posición subjetiva en las entrevistas preliminares que aún no alcanza un movimiento de rectificación subjetiva, que no trasciende el registro yoico del discurso.

Es posible agregar aquí otra breve referencia clínica. Se trata de una mujer que posee un puesto jerárquico en una empresa con muchos empleados a su cargo. No puede delegar, quiere ayudar en todo, en las cosas importantes y en los detalles menores. Decide el destino de inversiones monetarias importantes y al mismo tiempo también compra jabón de manos en un pequeño almacén si se entera que está en falta, en lugar de remitir el pedido al sector de compras. Su posición se hace problemática porque no puede disfrutar de las cosas cotidianas de la vida, incluso realizar una actividad de esparcimiento la mortifica en



tanto es igual a no estar ayudando a alguien. En la época de su pubertad su madre contrajo una enfermedad que le impidió seguir ocupándose de las necesidades de la casa y la familia. Mientras vivió en la casa de sus padres se ocupó de suplir a la madre convaleciente. En este contexto su madre le dijo una frase que la marcó: "vos sos servicial". La identificación a ese significante es patente y sin duda orienta su modo de habitar el trabajo y otros espacios no menos importantes. En el lapso de las entrevistas preliminares dirá: "Y todo este sufrimiento a causa de esa frase que dijo mi mamá". Incorre así en un reduccionismo donde se apresura a comprender bajo una relación simple de causa y efecto, responsabilizando a su madre de su propio síntoma.

Desde el punto de vista de la rectificación subjetiva, está el dicho proferido por la madre y luego lo que el sujeto hace con él, es decir, elevarlo al estatuto de significante que lo representa parcialmente. Y, más esencial aún en el horizonte de un análisis, si aquel dicho tuvo ese impacto en el sujeto, hay que suponer que entra en conexión con algo que lo antecede. En torno a un sujeto muchos predicados lo nombran en el campo del Otro durante su existencia, sin embargo, pocos alcanzan el estatuto de significante. Si bien asumimos que el dicho materno no funda la serie, permite asimismo visibilizar su existencia e instaurar la pregunta por los eslabones que anteceden en tanto saber no sabido.

En lo que sigue nos detendremos en el análisis de una viñeta clínica en dónde la constatación de un movimiento de rectificación subjetiva antecede la entrada en análisis. Se trata de un joven "peleado con la vida" cuyos enojos suelen dejarlo afuera de los espacios laborales. Mientras alterna periodos de ocupación y desocupación laboral, su situación económica es "asfixiante". Durante el transcurso de las primeras entrevistas lo despiden de su trabajo tras un incidente con uno de sus jefes. Se decide entonces a iniciar un reclamo judicial a la empresa, aunque siente "angustia por tener que pasar otra vez todo esto con un juez que decide". El *otra vez* remite a un episodio de su infancia que marcó profundamente la historia de la familia y particularmente la suya.

Su padre, dueño de una empresa, quiebra tras una serie de malas decisiones ejecutivas. La batalla judicial se prolonga en el tiempo y exonera al padre demasiado tarde, entre tanto la familia perdió su estatus económico y posición social. En adelante se referirá a ese hecho como la "Gran crisis". Se sincera y explica que a él no le fue mal en lo laboral, trabajó en empresas importantes, pero "eso no se reflejó en lo económico". Ha acumulado deudas con los bancos a través de las tarjetas de crédito. Realiza compras





compulsivas de objetos innecesarios, por ejemplo colecciona zapatillas de marcas costosas. Luego se ve forzado a realizar “malabares” para hacer frente a los pagos mensuales. Aclara que no disfruta de la posesión ni del uso de esos objetos. Cuando se estabiliza en lo económico, comienzan nuevamente las visitas al *shopping*.

Minutos antes de una sesión llama por teléfono para consultar si puede concurrir y abonar la próxima semana. En otras palabras y sin saberlo, propone endeudarse con el psicoanalista y ejercitar así una vez más su síntoma, aunque solo sea por una semana. Ya en el consultorio se lo interroga sobre su predisposición a endeudarse. Confiesa que suele imponerse plazos imposibles para pagar sus compromisos, por lo que siempre obtiene frustración e impotencia. Refiere que se “ahoga con lo económico” y que está cansado de “no terminar nunca con los compromisos”.

Para explicar su situación se sirve de un viejo refrán que viene como anillo al dedo: “Dios aprieta, pero no ahorca”. En la lógica de su enunciado las vicisitudes de su economía están supeditadas a los designios de un Dios que pone ante sí pruebas difíciles, pero sin soltarle la mano. En ese instante se le responde lo siguiente y se corta la sesión: *No, no. De ninguna manera. Dejémoslo a Dios tranquilo, porque es claro que Ud. se aprieta solo*. A su turno responde: “¡Ah, por ahí cantaba Gardel!”.

Toda interpretación se mide por sus efectos. Aunque nos tranquilice la idea de cálculo, lo cierto es que es imposible calcular el efecto de nuestras palabras, salvo que creamos que un significante está atado a un significado en dos sujetos y al mismo tiempo. Frente a la interpretación se abren muchos caminos posibles. Puede pasar inadvertida y perderse en la indiferencia, tal como el significante burro que el analista devuelve a aquel otro sujeto. Puede que el sujeto se enfade e insista en su *no querer saber nada de eso* según la posición hegeliana del “alma bella” o la “política del avestruz” según Freud. También puede producirse un movimiento de rectificación subjetiva, es decir, el reconocimiento del *decir* que habita en los propios *dichos*, o el consentimiento a implicarse en aquello de lo cual se queja y sufre.

Puede parecer que aquí el movimiento de rectificación subjetiva es forzado por el analista, quien así se adelanta a la enunciación del sujeto. Sin embargo, si este acepta dócilmente la interpretación del analista sin aquel enojo reflejo que lo caracteriza, es porque los principios de la rectificación ya operan en él. Hecho que más tarde contribuyó a verificar la entrada en análisis junto a otros índices. En su síntoma el sujeto se las arregla para repetir las coordenadas de la “Gran crisis” una y otra vez, no obstante, la progresión del



análisis le permitirá inventar otra posición respecto de aquel acontecimiento traumático y su respuesta sintomática inicial.

La rectificación subjetiva se inscribe también bajo formas más sutiles. Por ejemplo, una mujer se sentía desdichada tras una infidelidad de su pareja. La relación entró así en un *impasse* donde su angustia se alternaba con una posición de inhibición ante las ocupaciones de su vida. Al mismo tiempo que insistía el reproche hacia su *partenaire*, una culpa extraña la invadía y por ello no se decidía a interrumpir la relación. En el lapso de las entrevistas preliminares fue posible precisar el sentido neurótico que introducía en la situación. De niña sus padres trabajaban durante toda la jornada, por ello su crianza estuvo fundamentalmente a cargo de un abuelo. Según creía, ser criada por un hombre mayor la había masculinizado o privado de su feminidad, haciéndola menos deseable para los hombres. Bajo estas coordenadas, la infidelidad se significó como una prueba más de su insuficiencia para el Otro, llevando a primer plano su falta supuesta y aquella vivencia de compulsión de destino (*Schicksalzwang*) según los términos de Freud (1920, p. 23). Aquí el sujeto se hace culpable de lo que no funciona en su vida, solo que a través de un exceso sintomático. Su trayecto de análisis pudo cernir dicho sentido fantasmático, lo cual tuvo un efecto de reducción de la angustia que la invadía.

En la crisis actual de su relación amorosa hay así dos elementos disimétricos. Por un lado, el episodio de infidelidad que la sorprende y que se inscribe como un movimiento externo que la excede, y por el otro, el sentido que para ella adquiere, el cual redobla su malestar al modo de un catalizador. Un análisis no puede ahorrarle a un sujeto los hechos y acontecimientos dolorosos o traumáticos de la vida, pero sí puede acotar el sentido neurótico que cada uno agrega y que preexiste a todo mal encuentro. Discernir cuál es la propia parte en la crisis de pareja, no ya como una culpa sintomática ante un supuesto rasgo de masculinidad exacerbada que justificaría la infidelidad, sino como un sentido previo que se desplaza a la nueva situación, hace una diferencia, o lo que es lo mismo, un efecto analítico propiamente dicho. Desembrollada de su interpretación fantasmática podrá en adelante lidiar con la crisis desde otra posición, variando el sentido previo, y así decidir con mayor libertad cuál será su próximo paso en el plano amoroso.

Por otro lado, existe un sintagma que también suele evocarse cuando se trata de las entrevistas preliminares, a saber, la *puesta en forma del síntoma* o la constitución del síntoma analítico.^[122] Al igual que en la



rectificación subjetiva, ambos movimientos confluyen en una operación más general que los incluye, es decir, la estructuración del inconsciente en tanto interpretable. El síntoma médico puede oponerse aquí al síntoma analítico. Un síntoma, en su sentido tradicional tal como se articula en el campo de la medicina, es una manifestación reveladora de una enfermedad o patología. La intervención médica busca en esencia la desaparición de la anomalía en términos de curación o reducción de daños. En su raíz etimológica síntoma refiere a un "accidente", por tanto, su carácter contingente excluye el sentido o la dimensión de mensaje. El síntoma analítico, en cambio, es un hecho de creencia. El síntoma deviene analítico cuando un sujeto cree que allí habita un sentido que le concierne singularmente. La propensión a introducir sentido, propia del ser hablante, exige aquí una precisión. Es posible que un síntoma médico sea capturado por dicha inercia de sentido y se le atribuya entonces un sentido. Sin embargo, a diferencia de las corrientes metafísicas del pensamiento que tienden a obturar todo enigma bajo significaciones generales y de uso común —por ejemplo, un dolor de garganta significa que el sujeto no expresa sus sentimientos—, el síntoma analítico insta una pregunta cuya respuesta solo puede dirimirse en la conexión de la palabra con la singularidad del propio inconsciente.

Si el primer movimiento encalla en una *respuesta* demasiado pronta e impersonal, el síntoma analítico es más bien una *pregunta* a desplegar en un trayecto de análisis. A diferencia de la contingencia o accidente del síntoma médico, la creencia en el sentido del síntoma lo torna necesario en tanto mensaje cifrado a develar. Ahora bien, ya en el lapso de las entrevistas preliminares, ¿cómo sensibilizar a un sujeto respecto de su inconsciente?, ¿cómo constituir al inconsciente como interpretable? Sin duda la transferencia es una pieza esencial en dicho proceso. Cuando un sujeto despliega las coordenadas de su malestar hay elementos que se destacan en el discurso a partir de su repetición, muchas veces inadvertida por el propio analizante.^[123] Allí la intervención del analista busca transformar lo contingente en necesario, señalando que la repetición de tal o cual cosa no es una simple casualidad, que allí hay algo que vale la pena investigar siempre y cuando el sujeto preste conformidad a la oferta analítica.

Una mujer relata en la primera entrevista que está entusiasmada porque finalmente pudo contactarse e iniciar una terapia con un terapeuta cognitivo conductual. Ya al inicio el malentendido es despejado y su desilusión es patente. Explica que años atrás comenzó a sufrir un síntoma particularmente molesto, un pestañeo o tic nervioso en los ojos que la avergüenza. Inicia un análisis que dura algunos años, pero no

soluciona su problema. Decide entonces consultar a un psiquiatra y la medicación produce finalmente el alivio esperado y así continúa su vida con normalidad. Después de un par de años consideró el problema saldado y decidió por su cuenta abandonar paulatinamente la medicación recetada tiempo atrás. Para su sorpresa el pestañeo volvió y también su angustia asociada y, peor aún, debe esperar meses para poder tomar la medicación nuevamente según el protocolo que le indica su psiquiatra.

En este contexto de angustia busca un terapeuta cognitivo conductual. Según refiere, el psicoanálisis le resulta muy interesante pero poco efectivo para su problema y espera de otras terapias una serie de consejos, trucos y fórmulas que la ayuden a lidiar con su problema mientras tanto. Los intentos del analista para desplegar el discurso del sujeto más allá de sus conclusiones iniciales encontraron una misma respuesta: "Pero, ¿no tiene algún truco para pestañear menos?". Al menos hasta ese momento, no hubo posibilidad de instalar una pregunta. No está preocupada por la causa de su síntoma, sino ocupada y empeñada en lidiar con sus efectos.^[124] De momento el síntoma no alcanza a constituirse como analítico, en tanto excluye la relación con el saber. En su tiempo y bajo sus propios términos, Freud sintetizó esta posición de rechazo respecto del saber como la "política del avestruz" (1914, p. 154). *El no querer saber nada de eso*, el rechazo del inconsciente, posee diferentes encarnaciones, algunas más elaboradas que otras. Por ejemplo, en el último pasaje del libro *Las ciudades invisibles* (2008) de Ítalo Calvino se lee:

El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio (p. 101).^[125]

La primera forma de no sufrir el "infierno de los vivos", es decir, aceptar y volverse parte del infierno, se asemeja a la solución neurótica frente a las vicisitudes de la existencia, solución que fue calificada por Freud como "miseria neurótica" en aquel entonces (Breuer, J. & Freud, S. 1895, p. 309). A diferencia de la orientación de la corriente postfreudiana, Lacan entendía que lo esencial no es adaptar al sujeto a la realidad, sino "mostrarle que está demasiado bien adaptado, puesto que concurre a su fabricación" (1958b, p.



559). Aquí el rechazo del inconsciente es igual al consentimiento pasivo a un supuesto orden de las cosas, o un adormecimiento ante una tranquilidad que no intranquiliza lo suficiente.

La segunda forma que detalla Calvino, buscar qué y quiénes son infierno, es solidaria con la propuesta de los discursos de autoayuda que sitúan la responsabilidad del propio malestar en el exterior, en una relación inversamente proporcional a toda rectificación subjetiva. Sin duda la obra *Gente tóxica* (2011) de Bernardo Stamateas supone un ejemplo concreto de dicha orientación, incluso en su subtítulo se lee: “Cómo identificar y tratar a las personas que te complican la vida”. Un paso más adelante ofrece una tipificación de las personalidades a evitar en cada capítulo: el mete-culpas, el envidioso, el descalificador, el agresivo verbal, el falso, el psicópata, el mediocre, el chismoso, el jefe autoritario, el neurótico, el manipulador, el orgulloso y el quejoso.

Sobre el “jefe autoritario” puede evocarse otra referencia clínica. Un sujeto que trabaja en el mismo rubro que su padre fallecido se descompensa tras una jornada laboral excesivamente larga y requiere de una internación hospitalaria. Ya recuperado se decide a consultar a un analista. En el primer tiempo de su análisis su jefe autoritario es el responsable absoluto de su crisis. Ahora bien, ¿por qué acepta dócilmente metas laborales imposibles de cumplir al precio de desfallecer extenuado? Tiempo después se sorprenderá en una sesión diciendo que ama a este jefe como a su propio padre.

Si la intervención del analista se orientase desde el sentido común —intervención limitada a la literalidad de los dichos y por tanto indiferente al decir inconsciente—, podría recomendarse al sujeto un cambio de trabajo según una relación de comprensión del tipo causa y efecto. En cambio, el análisis permitió sustraer el sentido fantasmático que allí se introducía, haciendo del subrogado del padre un simple superior administrativo. Caso contrario, si ese sentido no es conmovido, entonces tenderá a perdurar en cada nuevo trabajo aquel síntoma del hijo obediente que se sacrifica en busca del reconocimiento imposible de un padre muerto.

Las consideraciones sobre la toxicidad de tal o cual lazo es igual a un rechazo del inconsciente y el reverso de la rectificación subjetiva, su polo simétricamente opuesto. En “Recordar, repetir y reelaborar” (1914) Freud escribe: “La introducción del tratamiento conlleva, particularmente, que el enfermo cambie su actitud consciente frente a la enfermedad. Por lo común se ha conformado con lamentarse de ella, despreciarla como algo sin sentido, menospreciarla en su valor” (p. 154). El lapso de las entrevistas

preliminares supone entonces las mil y una formas de movilizar esta posición de enunciación inicial, hecho que describe en parte el pasaje entre un paciente y la dignidad del analizante.

Consideraciones sobre la entrada en análisis

En la praxis psicoanalítica, al menos aquella que se orienta a partir de las contribuciones teóricas y clínicas de Jacques Lacan, la *entrada en análisis* señala un momento lógico de conclusión de las entrevistas preliminares. En el recorrido de esta obra hemos intentado precisar las operaciones y movimientos en la dirección de la cura que finalmente confluyen en el franqueamiento del umbral de la entrada. Como todo concepto en el campo del psicoanálisis, su dinamismo no puede pensarse en forma mecánica, de allí que sea más pertinente hablar de entradas en análisis en plural. Se trata de una diversidad de coyunturas que, aunque heterogéneas entre sí, suponen igualmente un pasaje formalizable entre un tiempo y otro de la experiencia analítica. Proponemos pensar la entrada como un movimiento que efectúa el analizante y que *a posteriori* el analista sanciona como tal, a partir de un elemento que ha funcionado como operador de dicha discontinuidad en el recorrido singular del caso. A los fines de logificar el fin de las entrevistas preliminares, lo importante es llegar a saber de qué discontinuidad se trata y por qué puede ser evocada bajo diferentes índices subjetivos.

En ocasiones en los espacios de transmisión de la práctica analítica la entrada en análisis se torna enigmática, tanto en las presentaciones de casos clínicos como en los testimonios de pase, puede referirse brevemente o incluso omitirse.^[126] En el mismo sentido, proporcionalmente existe una mayor cantidad de bibliografía de referencia sobre las entrevistas preliminares que sobre la entrada en análisis en sí. Sin ser un concepto mudo, la entrada supone un corte sincrónico en la diacronía de un análisis que es necesario hacer hablar aún más en los dispositivos de transmisión de la clínica.^[127] Sobre las razones de la opacidad del concepto en cuestión, pueden conjeturarse algunas.

Si nos remitimos a la obra freudiana, allí las entrevistas preliminares se reducen a un breve lapso de "ensayo de puesta a prueba" donde se intentará determinar las aptitudes del sujeto para el análisis: "un sondeo a fin de tomar conocimiento del caso y decidir si es apto para el psicoanálisis" (1913, p. 126).



Concernido por el prestigio de su nuevo método, Freud buscaba evitar que sea aplicado allí donde asume que no producirá efectos, allí donde no podrá “mantener la promesa de curación” (p. 126). Se trata de una concepción del análisis enlazada a una noción médica de cura y por ello restringida esencialmente a las neurosis de transferencia. Bajo estas coordenadas la entrada en análisis pierde consistencia en beneficio de una consideración que enlaza en primer lugar un pronóstico fundado en una hipótesis diagnóstica.

Sin embargo, los argumentos freudianos resultan precipitados en cuanto a aquella promesa ligada a un diagnóstico, donde el efecto de curación se atribuye a la aplicación del método en sí, sin consideración por la relación que un sujeto pueda alcanzar respecto de su propio malestar. Que la posición subjetiva de quien se decide a consultar a un analista se incluya dentro de las neurosis, no dice nada *a priori* respecto de su relación con el saber. Precisamente, suele afirmarse que las entrevistas preliminares son el tiempo propicio para dar forma a una demanda que incluya en su horizonte un deseo anudado al saber. Que el psicoanálisis sea “aplicable” a un sujeto, que no existan reparos o contraindicaciones específicas, no implica necesariamente que su oferta sea igualmente demandada. Es en este punto donde la propuesta lacaniana trasciende las especificaciones de la técnica y el método para hacer lugar a otros indicadores de la posición subjetiva, como por ejemplo la constatación de un deseo que atañe al análisis.

Quizá en las concepciones freudianas un índice equiparable a la entrada en análisis lacaniana sea la instalación de la transferencia. Tal homologación, por arbitraria que resulte, se fundamenta más en su función de escansión temporal en la progresión de un análisis antes que en su identidad conceptual. Incluso, para evocar una diferencia, el establecimiento de la transferencia puede pensarse como un elemento necesario, pero no suficiente para sancionar la entrada en análisis. En “Sobre la iniciación del tratamiento” (1913) Freud indica que la interpretación —sin duda el recurso más privilegiado en la intervención del analista— debe aguardar a que se “haya establecido en el paciente una transferencia operativa” (p. 140). Tres años antes, en su ensayo titulado “Sobre el psicoanálisis silvestre” (1910), detalla dos condiciones necesarias antes de comunicar una interpretación al paciente:

Ahora bien; como el psicoanálisis no puede dejar de hacer esa comunicación, prescribe que no se la debe emprender antes que se cumplan dos condiciones. En primer lugar, que el enfermo haya sido preparado y él mismo ya esté cerca de lo reprimido por él; y, en segundo

lugar, que su apego al médico (transferencia) haya llegado al punto en que el vínculo afectivo con él le imposibilite una nueva fuga. Solo cumplidas estas condiciones se vuelve posible discernir y dominar las resistencias que llevaron a la represión y al no-saber (1910, p. 225).

Extraemos al menos dos consideraciones del fragmento citado. La primera, aquí Freud insiste en que un síntoma no se reduce a sus potenciales efectos de malestar y que supone al mismo tiempo un arreglo en la existencia. En sus escritos y ensayos solía referirse al síntoma como una "formación de compromiso o transaccional" entre tendencias anímicas opuestas, o lo que es lo mismo, una satisfacción sustitutiva cuyo papel en la economía libidinal no debe subestimarse. En otro contexto, a propósito del trabajo de duelo, escribe: "universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma" (1917, p. 242).

Entonces, si el analista toca la consistencia del síntoma mediante una interpretación que se adelanta, si conmueve aquel arreglo libidinal, si perturba la defensa antes del establecimiento de la transferencia, entonces puede precipitarse el refugio en la enfermedad o el triunfo de la resistencia, según la terminología que se propone en ese entonces. Desde este punto de vista no resulta un forzamiento estéril ubicar el lugar que tiene para Freud el establecimiento de una "transferencia operativa" como un índice homologable a la entrada en análisis, según la separación que supone entre dos momentos del recorrido de un análisis y sus consecuencias en el uso de la interpretación en tanto intervención del analista.

Respecto de la segunda consideración, cuando Freud alude al "apego al médico" o el "vínculo afectivo con él", destaca así la vertiente imaginaria de la transferencia. En Lacan, en cambio, se desplaza el acento hacia la vertiente simbólica, procurando reenviar al sujeto hacia una vía epistémica más allá del lazo entre personas. No resulta casual que en su enseñanza se permute el sintagma freudiano *amor de transferencia* por la noción de *Sujeto supuesto Saber* (SsS). Aunque ambas vertientes discurren una junto a la otra en todo análisis, en la perspectiva lacaniana se intenta reducir la pregnancia imaginaria que obtura la vía simbólica. Respecto del *Esquema L* se lee: "Nuestro esquema figura la interrupción de la palabra plena entre el sujeto y el Otro, y su desvío por los dos yo, a y a', y sus relaciones imaginarias" (1955-56, p. 26).

La entrada en análisis supone un umbral cuya demarcación varía según el criterio del analista, por ello es necesario en cada caso argumentar las razones que llevan a conjeturar dicha entrada. Que el psicoaná-



lisis no sea matematizable, no impide que su saber sea transmisible en forma rigurosa. Fue el esfuerzo de Lacan en su tiempo y su rasgo singular en la formalización de la experiencia analítica, esfuerzo muchas veces denostado bajo argumentos no siempre consistentes. Sobre la entrada, en un caso la rectificación subjetiva llega a ser suficiente, en otro la instauración de la transferencia (Sujeto supuesto Saber), a veces la constitución del síntoma en tanto analítico, también la irrupción de una formación del inconsciente como una producción onírica o la respuesta del sujeto ante tal o cual intervención del analista.

Sea un elemento u otro el que oficie de índice privilegiado en el análisis del caso —o varios al mismo tiempo en la medida en que no se excluyen mutuamente, sino que muchos de ellos se sostienen en una mutua dependencia—, quizá el denominador común se resume en el hecho de constatar una modificación en la posición inicial del sujeto respecto de su propio malestar en la existencia. He aquí una pista que busca cernir aquella discontinuidad antes evocada.

Resultaría un esfuerzo innecesario intentar aislar un índice unívoco de la entrada en análisis, y al mismo tiempo sería también desentenderse de la plasticidad de la epistemología psicoanalítica. Nuevamente resulta útil aquí la distancia entre patrones y principios. Tal como el punto de capitón en la cadena significativa que produce un efecto de significación retroactivo, no se trata aquí del índice en sí (patrón), sino del lugar que ocupa y la función que cumple en la lógica y temporalidad singular del caso (principio). Aquello que oficia de índice que permite al analista distinguir la entrada en un caso, no reviste de utilidad necesaria para otro. Es una consecuencia de la noción de singularidad tal como se articula en el discurso analítico. En efecto, un principio supone que una misma meta puede alcanzarse a través de diferentes caminos.

Si tomamos las cosas por su reverso, el decir, la salida en tanto *fin de análisis*, Jacques-Alain Miller interpreta que Lacan formalizó sus principios generales sin referirlos a tal o cual acontecimiento: "Pero no dio más que una definición esbozada, porque no quería que la gente lo imitara. Si ustedes dicen que pueden reconocer el fin del análisis cuando el sujeto hace esto o aquello o dice esto o aquello, todo el mundo va a hacerlo inmediatamente" (2010, p. 14). De igual modo, tampoco existen muchas referencias en la enseñanza de Lacan sobre la entrada en análisis, aunque no necesariamente por las mismas razones que el autor supone a propósito de la salida.

A diferencia de Freud y sus célebres historiales clínicos, Lacan eligió no presentar casos clínicos

provenientes de su propia práctica. En tanto es un concepto que le pertenece, no es un hecho indiferente a la hora de pensar la lógica de las entradas en análisis.^[128] Si estamos concernidos por la función de una fobia en la economía subjetiva, el historial freudiano conocido como el caso del pequeño Hans (1909) aporta una serie de claves de lectura. En cambio, si llama nuestra atención los síntomas conversivos en la histeria, el caso Dora (1905b) introduce una serie de precisiones valiosas tanto ayer como hoy. Nada equivalente sobre la entrada podrá ser hallado en la enseñanza de Lacan, ni siquiera cuando analiza casos publicados por otros autores. Cierta grado de indeterminación persiste a propósito de la entrada, lo cual no le impide cumplir una función en la práctica analítica.

En ocasiones los autores suelen abordar la entrada en análisis a partir del “algoritmo de la transferencia”, correspondiente al *Escrito* “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela” (1967b, p. 266), donde Lacan formaliza la posición del Sujeto supuesto Saber bajo la lógica signifiante y sus efectos en la instauración del inconsciente transferencial.

Otra referencia puede hallarse en *El Seminario, libro 10, La angustia* (1962-63). Allí Lacan se refiere en forma sucinta a una primera entrada en análisis cuando el sujeto comienza a modular sus demandas (p. 62). Como en toda referencia fugaz, se derivan más preguntas que respuestas. Por ejemplo, si se opta por una vía especulativa que no trasciende la literalidad de los dichos, ¿qué consecuencias han de extraerse de la expresión “primera entrada en análisis”? ¿Acaso existen varias entradas o es una sola a la cual se accede a través de movimientos que se adicionan entre sí hasta atravesar el umbral en una suerte de salto cualitativo? A su vez, en la medida en que un deseo de análisis no habría por qué suponerlo decidido *ad infinitum* —o lo que es lo mismo, que todo deseo admite vacilaciones—, ¿la entrada instituye un franqueamiento que impide al sujeto, dentro de una experiencia de análisis, retornar en adelante al tiempo y posición anterior?

Tiene sentido recordar que las *entrevistas preliminares* y la *entrada en análisis* son el anverso y reverso de una misma moneda. Son términos cuyo campo semántico se recorta en una relación de mutua dependencia tan estructural como estructurante. Por tanto, es imposible definir uno sin contribuir al mismo tiempo a la intelección del segundo. Por ejemplo, si las entrevistas preliminares son el tiempo necesario para que un sujeto consienta a la posición de analizante —según todas las operaciones y desplazamientos



que fueron descriptos con antelación—, ¿entonces la entrada no radica precisamente en dicho consentimiento en tanto supone un franqueamiento respecto de la posición inicial?

Más allá de la diversidad de índices de la entrada que aquí admitimos, muchos autores destacan especialmente un elemento entre otros. Por ejemplo, nuevamente en su curso anual Miller se detiene en la relación lógica entre la entrada y la salida del análisis: “Lo que responde al atravesamiento del fantasma en la entrada en análisis es la precipitación del síntoma” (2018, p. 9).^[129] Si para el autor el atravesamiento del fantasma es un movimiento esperable en el fin de análisis —un índice específico—, igualmente la *constitución del síntoma analítico* es entonces el movimiento simétrico o análogo en la entrada en análisis. Es una orientación que posee sus argumentos.

La entrada supone una modificación de la posición inicial del sujeto respecto de su síntoma, que va desde el *síntoma sufrimiento* al *síntoma enigma* que convoca al saber. Si al comienzo el síntoma es retenido en la queja, en la entrada el síntoma muta y se transforma en una pregunta cuyo sentido ha de desplegarse en el recorrido del análisis. Aquí encontramos nuevamente la diferencia entre la posición de paciente y la de analizante. En el primer caso existe una *demanda de curación*, en el segundo un *deseo de saber*. Se trata de otra pista a la hora de circunscribir aquella discontinuidad que sirve de índice para el analista en su lectura retrospectiva del caso.

La construcción del síntoma como interpretable es impensable sin un movimiento previo de rectificación subjetiva (implicación), la instalación del Sujeto supuesto Saber en la transferencia (SsS) y la instauración del inconsciente transferencial. He aquí dicha comunidad estructural antes evocada, la correspondencia entre los índices que pueden destacarse en cada caso. No obstante, según nuestro criterio, es el efecto de movimiento circular aquello que relativiza la elección de un índice unívoco de la entrada. Un *patrón* equivale a una fórmula general del tipo: “la entrada se produce cuando se constata tal movimiento en particular”. En cambio, un *principio* busca circunscribir, en la lógica singular del caso, qué ha funcionado allí como un operador de discontinuidad que permite discernir la entrada según la lectura retroactiva del analista. Desde esta perspectiva la entrada es al comienzo un lugar vacío que más tarde podrá ser ocupado por diferentes elementos, no a partir de ellos mismos, sino de su función. Dicha función se limita a lo siguiente, señalar que allí un sujeto está en posición de analizante y no más.

Es posible que en las entrevistas preliminares un sujeto alcance al inicio de la experiencia un alivio

sintomático, una reducción del malestar inherente a su síntoma. Dicho alivio no necesariamente ha de pensarse como un efecto terapéutico (imaginario), sino también como un efecto propiamente analítico, bajo la forma de una primera elaboración de saber inconsciente (simbólico). En esta coyuntura se pone a prueba la continuidad de un análisis según al menos dos desenlaces posibles. O bien el sujeto interrumpe satisfecho con los efectos de un primer saldo de saber (alivio sintomático), o bien se decide a embarcarse en la experiencia de un análisis cuyo horizonte trasciende la demanda de curación y su inmediatez. Tal es el deseo que anima a un analizante, un deseo inédito antes de Sigmund Freud.

Si suele hablarse de la entrada como un movimiento que el analista sanciona, en el sentido de confirmar o corroborar, entonces puede asumirse que se trata de una lectura *a posteriori*. Al igual que la noción de sujeto dividido por el significante —cuya emergencia fugaz se reconstruye a través del análisis de las formaciones del inconsciente—, la entrada se sanciona retroactivamente, una vez que el sujeto franqueó el umbral. Por supuesto, que el analista sancione la entrada no funciona como garantía de un deseo de análisis, el devenir de la experiencia analítica confirmará o no aquella conjetura inicial.

En su obra *Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis* (2004) Ernesto Sinatra propone una serie de postulados en su esfuerzo de formalización de la práctica. Sobre el segundo postulado dirá: “La discontinuidad de la secuencia de las entrevistas preliminares y la entrada en análisis es consecuencia de un corte realizado por el analista, al interpretar la demanda del propio analizante” (p. 16). Según entendemos hay aquí una inversión en los términos propuestos, ¿es el analista quien efectúa el corte o, por el contrario, es quien constata un corte ya efectuado por el sujeto mismo? Se trata de dos coyunturas diferentes. ¿Acaso la sanción de la entrada no es igual a un analista que advierte que el analizante golpea la puerta del análisis ya desde adentro? Si invertimos el axioma entonces la entrada es consecuencia de un corte realizado por el mismo analizante. Al igual que aquel movimiento inaugural de Lacan en la década de 1950, donde intentó reducir la figura y omnipresencia del analista en el interior del dispositivo analítico, aquí le reservamos al analista un lugar más modesto. En efecto, no es lo mismo *realizar* un corte que *constatar* su presencia.

Sobre la diversidad de índices posibles que llevan a conjeturar la entrada para el analista, puede evocarse nuevamente el caso del aquel joven cuyos embrollos económicos atribuía a un Dios que aprieta



pero que no ahorca. Allí la intervención del analista —*Dejémoslo a Dios tranquilo, porque es claro que Ud. se aprieta solo*— lo confronta directamente con el goce de un síntoma que lo lleva a contraer deudas compulsivamente. Recordemos que se trata de un sujeto “peleado con la vida”, siempre pronto a incurrir en enojos viscerales que lo dejan afuera de los espacios laborales según admite el dinamismo de lo imaginario y sus rivalidades. Sin embargo, responde a aquella interpretación del analista utilizando un refrán con una entonación cómica, sabiéndose sorprendido en su impostura inicial: “¡Ah, por ahí cantaba Gardel!”. Es una posición de enunciación que da cuenta de un sujeto que puede asumir las consecuencias de su propio discurso o el decir que subyace en sus dichos.

Tal respuesta espontánea —que no sucumbe a la pregnancia imaginaria del yo que siempre busca confrontar antes que abrir los oídos— es para el analista un índice necesario pero no suficiente. Aunque en dicho corte sincrónico se presume un sujeto que se encamina hacia una futura entrada en análisis, el franqueamiento del umbral supone ir más allá de la rectificación subjetiva, es decir, del hecho de reconocerse como autor de sus embrollos económicos. Si, tal como refería Lacan en forma concisa: “El análisis consiste en que se sepa por qué se está enredado en eso” (1977-78, p. 11), es necesario entonces un paso



más que atañe al *querer saber*, o lo que es lo mismo, un deseo de análisis.

En los inicios de esta obra especificamos una serie de operaciones y movimientos inherentes al lapso de las entrevistas preliminares tal como se conciben en la orientación lacaniana del psicoanálisis. Así, el analista mide y valora aquella distancia entre el motivo de consulta, la demanda inconsciente y la demanda de análisis propiamente dicha, el diagnóstico de estructura, la presencia o ausencia de la rectificación subjetiva, la puesta en forma del síntoma analítico, la enunciación o la posición subjetiva, la instalación de la transferencia y el Sujeto supuesto Saber e incluso la relación del sujeto con la producción de un saber sobre la causa de su malestar. En función de estos índices clínicos —y otros tantos que serán añadidos según los criterios— podrá dirimirse si un sujeto acepta o no embarcarse en la experiencia de un análisis y su oferta singular. Si acaso acepta, dichos índices permitirán al analista decidir cuál será la orientación en la dirección de la cura.